(Núm. 15.)

SAINETE NUEVO

TITULADO

EL CELOSO,

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE ESTA CÓRTE.

PARA

CINCO PERSONAS.

MADRID: 1884.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.

PERSONAS.

Don Cosme. D. Toribio.
Doña Mencía. Doña Clara.
Un criado

Salon corto: salen Clara y Mencía.

Clar.—¿Es posible, mi Mencía,
que cuando yo á verte vengo
estés con tanta mohina?
dime, amiga, ¿qué es aquesto?
¿por qué lloras?
Menc.—Clara mia,
desesperada me veo,
de tal modo, que, á no ser
por el miedo que le tengo,
me bebiera en este instante
un azumbre de veneno.
Clar.—¡Jesús, Mencía, estás loca!
Menc.—Sí, amiga, voló mi seso.
Clar.—¿Dí, qué tienes?
Menc.—Mucho mal:
ya para mí no hay consuelo.
Clar.—¿Te ha dado algun accidente?
Menc.—Es mayor mal que no eso.
Clar.—¿Te ha dado el flato esta noche?
Menc.—Sí, pero me quedó dentro.
Clar.—¿No tiene salud tu esposo?
Menc.—Como yo se la deseo:
así tuviera más llagas *ap.*
que en Anton Martin enfermos.
Clar.—¿No te quiere, Mencía mia?
Menc.—Menos querer fuera bueno
para mí, porque me mata,
como una albarda su afecto.
Clar.—Pues dí ¿qué tienes? acaba.
Menc.—Todito cuanto hay de pésimo,
y todo cuanto hay de malo,
aunque sea en los infiernos;
pues peor que todo es
un marido majadero,
que ha dado en celarme tanto,
que hasta los gatos y perros
ha echado, Clara, de casa,
diciendo que le dá celos
el gato cuando maulla,
y cuando me ladra el perro:
mira tú, cuando esto sufro,
si con razon desespero:
¿mas llaman?
Clar.—Yo lo veré:
¿quién es?

Sale Don Toribio.

Torib.—El que siempre puesto
á la obediencia de ustedes

ofrece su rendimiento.
Clar.—Don Toribio, bien venido.
Menc.—Me alegro que vengas bueno;
pero idos, Don Toribio,
no sea que venga luego
mi marido, y me sacuda
por su visita un paleo.
Torib.—¿Pues qué, señora, es celoso?
Clar.—Más que el celoso Extremeño.
Torib.—¿Quereis le demos un chasco?
Menc.—Como se pueda convengo.
Torib.—El cómo está á mi cuidado:
¿vos teneis, si bien me acuerdo,
en la cueva de esta casa
una puerta por adentro,
que abierta sale á la mia?
Menc.—Y tambien yo sé de cierto
que no lo sabe mi esposo.
Torib.—Pues Mencía, dadlo por hecho
con tal que la hagais abrir
para lo que vereis presto.
Menc.—¡Ay desdichada de mí,
que ya Don Cosme está dentro!
Torib.—No hay que asustarse, que yo
sacaros de todo pienso;
no hay más que disimular
y contestar con lo mesmo
que yo diga: ¿cómo ha entrado
sin llamar?
Menc.—¡Bueno está eso!
porque se lleva la llave,
para poder con silencio
entrar cuando se le antoje.
Clar.—Ya entra, disimulemos.

Sale Cosme.

Torib.—Don Cosme, muy bien venido.
Cosm.—Estoy al servicio vuestro.
¡Este demonio en mi casa
á todas horas! reniego
de él y de quien fué la causa
de que venga; pues sospecho
que no viene á ver mis barbas,
sino por Mencía: ¡ah cielos!
estoy por tirarme á él
y quitarle aquí el pellejo.
Cómo le mira á Mencía: *Ap.*
¡ah, maldito sea tu gesto!
baja esos ojos, Mencía.
Menc.—Ya empieza su devaneo.
Torib.—¿De qué tan triste venís?
Cosm.—Son cosas que acá me tengo.
Torib.—A convidaros venia,
porque hoy un amigo tengo
á comer, y solicito
para hacerle más obsequio,
que me acompañáseis vos.
Cosm.—Me han embargado, no puedo.
¡Yo dejar á mi mujer *Aparte.*
para que me pegue un perro!
Torib.—¿Cómo que no, amigo mio?
eso no tiene remedio,
ó vos habeis de venir,
ó con mi amigo me vengo
acá; porque no es razon
que los dos solos estemos,
que es hombre que si no hay bulla,
se le atasca el tragadero:
voy por él.
Cosm.—Tened, Toribio,
que si os empeñais en eso,
con vos iré: de dos males,
el ir yo tengo por menos,
que no me venga el amigo
á metérseme acá dentro,
y que despues mi mujer
tenga ese nuevo pretexto
para otra nueva visita. *Aparte.*
Torib.—Ved que á comer os espero.
Señoras, adios, adios;
adios, don Cosme, hasta luego.
Decid á doña Mencía, *á Clara.*
que de la cueva al momento
abra la puerta. *Váse.*
Clar.—Id con Dios:
¿en qué parará este enredo? *Aparte.*
Cosm.—Oye, ven acá, Mencía,
dime aquí con gran secreto,
¿que te queria Toribio,
que te ha hecho tantos gestos?
Menc.—¿Gestos á mí? tú estás loco.

Cosm.—Habla quedito.
Menc.—No quiero.
Clar.—¿Qué es eso, amiga?
Menc.—Don Cosme,
que me pregunta muy sério
que qué me queria Toribio,
y dice que me hizo gestos:
dilo tú, Clarita mia.
Clar.—Ea, no seais tan nécio:
¿tan poca satisfaccion
teneis vos de vuestro dueño?
Cosm.—Con usted nadie se mete.
Clar.—Digo que sois desatento.
Cosm.—Señora, yo soy muy poco
amigo de cumplimientos:
más os valiera el hilar,
que el gastar en cuchicheos
el tiempo de las visitas.
El don Toribio me ha muerto: *Ap.*
ahora bien, porque no venga
á ver á Mencía, quiero
encerrarla hasta que vuelva:
quedaos, mi Clara, os ruego,
á comer con mi Mencía,
y adios, que yo vendré presto. *Váse.*
Clar.—Fuese cerrando la puerta:
¡habrá mayor majadero!
Menc.—Ahí verás lo que yo paso,
y si justa razon tengo.
Clar.—La puerta que está en la cueva
voy á abrir sin perder tiempo.

Entra y sale.

Menc.—¿Qué quieres con eso, Clara?
Clar.—Mencía, veráslo luego.
Menc.—¿Quién entra por esa puerta?

Sale Toribio.

Torib.—Quien procura tu sosiego:
al punto ponte esa ropa,

Dale traje de estudiante.

y ven conmigo al momento,
y quédese doña Clara
á esperarnos aquí dentro.
Menc.—¿Qué es lo que intentas, Toribio?
Torib.—Presto sabrás el enredo:
vamos, pues, que se hace tarde.
Menc.—Ya te sigo.
Clar.—Aquí me quedo,
en esta pieza interior.
Torib.—En volver no tardaremos. *Váse.*

Casa de Don Toribio y sale D. Cosme.

Cosm.—Para tener convidados
se gasta mucho silencio:
¿si habrá venido este huésped?
¿si querrán darme algun perro
para robarme á Mencía?
¿si allá Toribio habrá vuelto?
pero á bien que tengo aquí
la llave de su aposento;
pero puede suceder
que tenga otra; yo vuelvo
á mi casa, aunque me quede
sin comer, aquesto es hecho.

Al entrar salen Mencía de estudiante y Don Toribio.

Torib.—Don Cosme, seais bien venido;
ved mi amigo verdadero,
á quien estimo yo tanto.
Cosm.—¡Cómo es esto! ¿yo chocheo?
¿estoy loco, estoy borracho?
¿no es Mencía (yo reviento)
el estudiante?
Torib.—Don Cosme,
¿de qué quedais tan suspenso?
Cosm.—Sin duda alguna que es ella.
Tori.—¿Qué teneis que haceis extremos?
Cosm.—El demonio que te lleve.
Torib.—Pues ya parece que es tiempo
de comer; saquen la mesa

La sacan.

Amigo, sentaos aquí.
Cosm.—Hasta el andar es lo mesmo

¡vive Dios que es ella misma!
pero yo lo sabré presto.

Se levanta.

Torib.—Tened, ¿dónde vais, D. Cosme?
Cosm.—Tengo que hacer, luego vuelvo.

Váse.

Torib.—Pues mirad, que no tardeis.
Volved á casa al momento,
que don Cosme allá sospecho
que se ha ido. *A Mencia.*
Menc.—Pues vamos pronto:
válgate Dios por enredo. *Vánse.*

Casa de Don Cosme, y sale él.

Cosm.—¡Cielos! ya estoy en mi casa,
nuestras penas apuremos:
á ver si el señor Toribio
me la ha pegado de diestro:
¿Mencía? sal acá pronto.

Mencia dentro.

Menc.—Entrad vos, que yo no puedo.
Cosm.—¿Cómo que no? venid digo.

Sale Mencia como que se está peinando.

Menc.—¿A qué es llamarme tan récio?
¿no ves que me estoy peinando?
¿habreis comido tan presto?
Cosm.—Sin duda yo estoy borracho.
Aquí no hay que hacer, es cierto
que yo me he engañado; adios.
Menc.—¿Qué diablos quereis, nécio,
con idas y con venidas?
Cosm.—Que te vayas allá dentro.
Menc.—Ya me voy. *Váse.*
Cosm.—Cierro la puerta
y me vuelvo, pues ya veo
que aqueste ha sido un engaño
que el demonio me ha propuesto.
¡Jesús mil veces, Jesús! *Váse.*

Casa de Don Toribio, y sale él y Mencia de estudiante, y se vuelve á descubrir la mesa.

Torib.—Mirad si pensé lo cierto:
¿no dije que á vuestra casa
iba don Cosme? mas creo
que ya aquí llega otra vez.
Menc.—A la mesa nos sentemos
para que mejor se engañe.

Sale Cosme.

Cosm.—Vaya, vaya, yo estoy lelo.
Don Toribio, perdonadme,
que de mi ausencia el efecto
fué un acaso repentino.
Torib.—Entre amigos verdaderos,
Don Cosme, todo se suple:
sentaos y vamos comiendo.
Menc.—Don Cosme, sin cortedad,
que mi amigo es caballero
muy marcial con sus amigos.
Cosm.—¡Me la pega por S. Pedro! *Ap.*
que esta voz es de Mencía:
algun demonio anda en esto:
¿ha mucho tiempo, señor,
que asistís en este pueblo?
Menc.—Toda mi vida.
Cosm.—¿Teneis
algunos hermanos?
Menc.—Eso, creo
que nunca los he tenido.
Torib.—¡Qué lindo que vá este cuento!
Cosm.—¿Cuál es señor vuestro nombre?
Menc.—Don Mendo de Paracuellos,
para serviros, señor.
Cosm.—No hay que pensar en el hecho.
Sin duda que es mi mujer:
hasta el nombre (¡pesar fiero!)
en la mitad se parece.
Torib.—Señor don Cosme, ¿qué es esto?
¿no comeis hoy? ¿estais malo?
Cosm.—No, amigo; pero me acuerdo
de uno que dejé citado
ahora en mi casa: luego
volveré; ustedes en tanto

pueden proseguir comiendo.
Torib.—Esperad, que irá un criado
á avisarle.
Cosm.—No, no quiero,
que fuera hacer mala obra:
yo volveré en el momento.
Si no hallo en casa á Mencía,
chico me vendrá el sombrero.
Para que de aquí no salga,
cerrar esta puerta quiero. *Váse.*
Torib.—Idos al punto, Mencía,
á vuestra casa.
Menc.—Eso intento. *Váse.*

Casa de Don Cosme, y sale Clara.

Clar.—Aqueste tonto celoso
nos hace andar en enredos;
pero á fuerza de los chascos
algo más marcial lo haremos.

Sale Mencía.

Menc.—Amiga, ¿vino don Cosme?
Clar.—No ha venido; pero creo
que él está abriendo la puerta.
Menc.—Hácia aquí nos retiremos
á hacer como que rezamos.

Hacen como que rezan, y sale Cosme.

Cosm.—Ahora ya si no la encuentro
en casa, no tengo duda
que el estudiante que dejo
allá con mi don Toribio,
es mi mujer. ¡Vive el cielo
que allí está con doña Clara
rezando á Dios, esto es hecho:
el diablo sin duda alguna,
para hacer que pierda el seso,
ha puesto en el estudiante
de mi mujer todo gesto;
y pues que ella no me ha visto,
vuélvome á comer corriendo.
Menc.—¿Se fué ya, Clara?
Clar.—Sí, amiga.
Menc.—Pues volvamos al enredo:
adios, Clara, hasta despues. *Váse.*
Clar.—Que se vuelva loco pienso.

Salen Mencía y Toribio.

Menc.—A mi casa volvía Cosme,
todo burlado y suspenso,
no se hartaba de mirarme,
y despues de un breve tiempo,
se volvió.
Torib.—Doña Mencía,
á la mesa nos sentemos,
pues ya vuelve vuestro esposo

Sale Cosme.

Cosm.—Ahora vengo con sosiego, *Ap.*
pues que mi esposa querida
se ha quedado atando el pelo,
mi recelo ha sido en vano.
No pude venir más presto,
perdonad.
Menc.—A poco más,
nada encontraríais, puesto
que ya estamos en los postres.
Cosm.—Señores, el juicio pierdo:
ó este estudiante es capon, *Aparte.*
ó es mi mujer por adentro;
pero si se está peinando,
¿en qué puede haber recelo?
echadme un trago de vino.
Torib.—Vaya un brindis, caballero,
á la salud del que nunca
de su mujer tuvo celos.
¿Mozo?

Llama al criado aparte.

Criad.—¿Qué manda usted?
Torib.—Pásate con gran silencio
á llamar á doña Clara.

Váse el criado.

Menc.—Vaya el brindis, que por cierto,

que le hago con mucho gusto,
porque es cosa que aborrezco.
Cosm.—Señor don Mendo, ¿por qué,
cuando nacen del afecto?
Menc.—Porque son viles, pues son
de la razon muy ajenos,
hijos de la desconfianza,
y nadie ha de tener celos,
si la mujer es honrada.
Cosm.—El cuidado siempre es bueno,
pues quien guarda á su mujer,
tambien se guarda á sí mesmo.
Menc.—¿Y quién es capaz, decid,
de que asegure soberbio,
que supo guardar su esposa?
por imposible lo tengo,
don Cosme, si ella no quiere.
Cosm.—Todo hombre que tenga seso,
(si quiere) puede guardarla.
Menc.—¿Y qué logrará con eso?
Cosm.—Estar libre de cuidados,
y saber que en todo tiempo
está su mujer segura,
y él libre de todo riesgo
de que puedan coronarle
con la madera del viento.
Menc.—¿Vos seguís ese dictámen
presumiendo de discreto?
Cosm.—No cabe duda en el caso:
sí, amigo, y aun os prometo
que así vivo más seguro.
Menc.—¿Luego vos, si bien lo advierto,
sois celoso?
Torib.—Aqueso mucho;
la llave del aposento
donde encerrada su esposa
esté, traerá.
Cosm.—Eso es cierto.
Torib.—Y porque sepais, amigo,
á donde llegan sus celos,
las dos veces que se ha ido
iria á su casa.
Cosm.—Es cierto.
Menc.—¿Y con eso qué lográsteis?
Cosm.—Ya os lo he dicho, caballero,
vivir en mi amor seguro.
Menc.—¿Y de eso estais satisfecho?
Cosm.—Sí, amigo.
Menc.—¿Y si vuestra esposa,
en aqueste mismo tiempo,
no estuviere en vuestra casa,
qué diríais?
Cosm.—No lo creo;
pues sé, se quedó rezando
con doña Clara, y la dejo
cerrada con esta llave,
y de esto, amigo, estoy cierto.
Menc.—¿Qué hiciérais si aquí la viérais?
¿borraríais el pensamiento
que seguís de que es mejor
de la mujer tener celos?
Cosm.—Como estoy de eso seguro,
poco pierdo en ofrecerlo.
Menc.—Porque de ese error salgais,
y conozcais vuestro yerro,
miradme, don Cosme, bien.

Quítase la sotana.

Cosm.—¡Infame esposa! ¿qué es esto?
Torib.—Deteneos, que esto ha sido
solo un engaño, dispuesto
para que os desengañeis,
que el hombre que tiene celos
de su mujer, por más llaves
que tenga en el aposento
donde la encierre, no es fácil
esté seguro y sin riesgo,
pues no sirven los candados
si ella no se guarda.
Cosm.—Es cierto,
pues con este desengaño
ya convencido me veo:
mas decidme, ¿cómo ha sido
ejecutado este enredo?
Menc.—Que me perdoneis os pido.
Cosm.—Confieso que he estado ciego;
pero ya, desengañado,
dejar los celos prometo.

Sale doña Clara.

Clar.—Sea enhorabuena, amiga,
que tan contenta te veo.

Menc.—¿Pues no quieres que lo esté,
si conseguí mi deseo?
Torib.—Pues esto acabe, señoras,
y si hasta aquí ha sido sério,
con alegrarlo la música
daremos fin á este cuento.
Todos.—Y rendidos entre tanto
juntos aquí pediremos,
si este caso no ha gustado,
que perdoneis nuestros yeros.

FIN.